

Luis Mateo Díez

Presentación por Gregoria Palomar

Evocar en pocos minutos la obra de Luis Mateo Díez es una tarea difícil si se considera su extensión y diversidad. Luis Mateo Díez ha publicado desde su primer libro de cuentos, *Memorial de hierbas* (1973), unos treinta libros de ficción narrativa a los que hay que añadir unos diez ensayos o textos autobiográficos. Fue premiado varias veces, sólo citaré el Premio de la Crítica en 1986 y 1999 y el Premio Nacional de Narrativa en 1987 y 2000 por *La fuente de la Edad* y *La ruina del cielo* y el Premio Francisco Umbral por *La Cabeza en llamas* en 2012. Desde 2001 ocupa la silla I en la Real Academia Española de la Lengua.

En el marco de nuestra reflexión sobre el escritor y la obra, se puede afirmar que el conjunto de la ficción narrativa de Luis Mateo Díez revela, por parte del escritor, un esfuerzo constante por crear un mundo imaginario personal, cada vez más desprendido de la realidad. Los primeros relatos, publicados en los años ochenta y principios de los noventa, se caracterizan por un estilo barroco y el uso de regionalismos que también insertan los textos en un ámbito preciso que se irá difuminando en las producciones ulteriores, hasta llegar a una expresión depurada para hacer vivir un Territorio mítico, reflejo de las obsesiones del autor y de su visión del ser humano.

José María Merino, en un artículo titulado «Un mundo incomparable» (*Turia. Revista cultural*, nº 93-94, 2010), distingue, en la extensa obra de Luis Mateo Díez, un primer ciclo que consta de seis novelas *Las estaciones provinciales* (1982), *La Fuente de la Edad* (1986), *Las horas completas* (1990), *El expediente del naufrago* (1992), *Camino de perdición* (1995) y *El paraíso de los mortales* (1998). Estas novelas se sitúan en una perspectiva neo-expresionista, o costumbrista, con un número reducido de personajes, una intriga, y un referente espacio-temporal determinado. *La Fuente de la Edad*, aunque no daba el nombre de la urbe que servía de espacio ficcional, tenía como trasfondo reconocible la ciudad y las montañas de León, hasta tal punto que el ayuntamiento de Villablino organizó en 2010 una ruta literaria de *La Fuente de la Edad* explicando que ese «recorrido [...] se basará en buscar o interpretar los diferentes lugares que aparecen en el libro del citado escritor» (*Diario de León*, 03/06/2010). En esta novela, así como en *Las estaciones provinciales*, el referente sería, más allá de la propia ciudad donde estudió y empezó su carrera literaria Luis Mateo Díez, el de una ciudad de la provincia de la posguerra española, con el peso de la Iglesia, de la

corrupción, de la mediocridad intelectual. Dentro de ese ambiente agobiante, Luis Mateo Díez narra las peripecias de unos personajes algo estrafalarios, vitalistas a pesar del fracaso de sus vidas y de la mezquindad de su entorno.

Sin embargo, en las ficciones siguientes, Luis Mateo Díez se aleja cada vez más del referente urbano leonés para metaforizar el destino humano con unos personajes más extraviados física y moralmente, en unos entornos más rurales, o de pequeñas ciudades fantasmales. La novela *El expediente del naufrago* es ya más metafórica; aparece en ella el tema del laberinto como eje de una «fábula del archivo y de la memoria polvorienta», como la califica Luis Mateo Díez en una entrevista con Emma Rodríguez, en una conciencia dolorosa de la fragilidad de la memoria y del inevitable olvido provocado por el paso del tiempo. Éste sería un primer paso hacia la elaboración de una realidad literaria autónoma que se confirmará en la ulterior creación del Territorio, un microcosmos en el que se refleja la condición humana, y dentro del cual se sitúan por una parte la comarca de Celama y por otra parte las ciudades de sombra que son Ordial, Borenes o Balma, decorado de la última novela, *La soledad de los perdidos*, publicada en 2014. En 1997, decía Luis Mateo Díez: «En mis últimos libros he ido perdiendo las referencias geográficas de realidad, he hecho una transformación de éstas para adentrarme en un territorio ya más imaginario», expresando así una voluntad de alejarse del universo inicial, lo que se ha ido confirmando desde entonces.

Celama, que tiene como capital Santa Ula, es el ámbito de tres conjuntos ficcionales publicados entre 1997 y 2002, y que se juntaron en 2003 en un mismo volumen, *El reino de Celama*, que consta de *El Espíritu del Páramo, un relato* (1996), *La ruina del cielo: un obituario* (1999) y *El oscurecer (un encuentro)* (2002), a los que se añade el fascículo novelal *Vista de Celama* (1999). La publicación de dicho volumen cierra simbólicamente el ciclo de Celama, aunque reaparece en 2008 en un corto relato, en forma de cuento, *El sol de la nieve o el día en que desaparecieron los niños de Celama*. La primera novela del ciclo, *El Espíritu del Páramo* elabora en 15 textos una geografía del abandono, que encierra a sus habitantes en un silencio resignado, bajo el peso de una historia milenaria, la de la tierra en que viven. Para que quede bien claro el valor unificador de ese territorio, los quince capítulos se completan con un apéndice titulado «Los lugares del relato» en el que se hace una breve presentación de los 43 lugares mencionados en los diferentes relatos. Con esta enumeración que cierra la obra, se da el protagonismo al espacio más que a los seres que viven en él, agobiados por esa llanura inhumana.

La suma de esas vidas solitarias es lo que hace la esencia del Páramo, y eso lo viene a confirmar *La ruina del Cielo: un obituario*, una obra considerada como clave en la trayectoria literaria de Luis Mateo Díez y que da un paso definitivo hacia la creación de un Territorio mítico, en el que Celama se vuelve el escenario de los destinos humanos referidos en ese denso obituario. Aquí ya desaparecen el narrador y la estructura unificadora en una

multiplicidad de voces narrativas y de textos independientes unos de otros; en este caso, la fragmentación de la narración aísla esos destinos individuales que, antes de juntarse en el cementerio, vivían dispersos por los pueblos de Celama, en distintas épocas, presentando así una multitud de seres unidos en un mismo destino, constituyendo de ese modo un personaje colectivo que actúa como tal. Al proponer un conjunto de vidas individuales, en una variedad de formas textuales y de puntos de vista, Luis Mateo Díez construye una obra que se aleja de la narrativa tradicional para representar una fábula del destino humano. El resultado es un mosaico de voces narrativas que conforman el reino de Celama. No hay continuidad en la trayectoria de los personajes, siendo cada uno un elemento de una amplia colectividad, cuyo punto común es su pertenencia al Territorio, una humanidad, pues, íntimamente ligada a la tierra en que vive y muere, ese espacio imaginario mítico de Celama que es el escenario de la lucha empedernida por rescatar la esencia del hombre. La desaparición del protagonista individual y la atomización de la estructura de la novela permiten entonces dar una visión totalizadora de la realidad humana.

La ruina del cielo se cierra con una larga lista titulada «Los nombres del obituario», que consta de unos 350 nombres, los de todos los que se mencionan en los 68 capítulos del libro, protagonistas de un episodio o simples personajes figurantes. En esa lista podemos ver la capacidad de imaginación de Luis Mateo Díez para crear una rica onomástica que da su identidad a los habitantes del Territorio. Esos nombres inventados, que se mezclan con los del santoral, los topónimos también inventados, y la suma de todos ellos participan de ese universo tan peculiar que poco a poco va construyendo Luis Mateo Díez.

El Territorio, que tiene como capital Ordial, es también el decorado de las «Fábulas del sentimiento», un conjunto ficcional que reúne, en cuatro volúmenes, *El diablo meridiano* (2001), *El eco de las bodas* (2003), *El fulgor de la pobreza* (2005) y *Los frutos de la niebla* (2008), doce novelas cortas que confirman el deseo de darles un valor simbólico a esos espacios.

Quisiera terminar esa presentación demasiado breve para tan amplia trayectoria con las novelas que se sitúan en lo que Luis Mateo Díez llama «las ciudades de sombra», o sea Ordial, Borenes, Balma. Como muchas veces en las ficciones de Luis Mateo Díez, esos espacios urbanos, a pesar de la supuesta pequeñez de ciudades de una provincia apartada, son a menudo presentadas como unos laberintos en los que el hombre se pierde. Son ciudades en las que las huellas de la Contienda dibujan unos paisajes de desolación en los que domina el extravío, el hundimiento y la fragmentación de la realidad, ya por la misma estructura de las novelas, en secuencias cortas donde abundan las elipsis.

Fantasmas del invierno (2004) se sitúa en Ordial, una ciudad que ya descubrimos en *Las estaciones provinciales* pero esta vez cobra un carácter mucho más onírico. Durante el invierno de 1947, en una ciudad marcada por el trauma de la Contienda, vemos el desamparo de los niños del hospicio, que precisamente se llama desamparo, y la

investigación sobre el asesinato de uno de ellos, Melindro. Con la invasión de Ordial por los lobos hambrientos y la nieve que cubre la ciudad, es una Ordial muy diferente de la *Las estaciones provinciales* la que descubrimos, un decorado frío, inhumano, que no le ofrece ningún cobijo al hombre.

Ese mismo espacio de desolación y ruina es el que sirve de marco para el deambular del protagonista de *La gloria de los niños* (2007), el joven Pulgar; el niño tiene que superar lo que podría ser una prueba iniciática, la de encontrar a sus hermanos que desaparecieron tras la muerte de su madre, durante la Contienda. Descubrir a sus hermanitos, tomar la decisión de no llevarlos consigo, es abandonar «ese mundo cerrado de la infancia», el de la inocencia, y admitir su propia soledad. Pulgar es víctima de la Contienda pero también uno de esos perdedores a los que afecciona Luis Mateo Díez, quien presenta con mucha poesía a esos niños víctimas de la guerra; la elección de un personaje de cuento, el de Pulgarcito, da un valor más universal a esa búsqueda.

El universo onírico es acentuado en *La soledad de los perdidos* (2014), con un vagabundear del protagonista por una ciudad invadida por la niebla. Domina la confusión en un relato que muestra a unos personajes que se pierden en una dilución borrosa, ya simbolizada por la indecisión en cuanto a la identidad del protagonista, al que conocemos bajo el nombre de Ambrosio Leda, pero ese es el nombre de una cartilla robada, para constar de una identidad. Nunca sabemos el verdadero nombre de esa víctima de un expediente de depuración que llegó huido a Balma hace quince años. La novela no proporciona referentes temporales o espaciales precisos que podrían guiar al lector, obligándole a seguir el largo vagabundeo de Ambrosio, muchas veces acompañado de Lepo Corada y del niño malo, en una ciudad en que la niebla se cuele por todas partes, dificultando la orientación, en busca de no se sabe muy bien qué, llevando Ambrosio al hombro el saco en el que están todas sus pertenencias: se trata otra vez de un relato fragmentado en 186 secuencias cortas, con una distorsión temporal que disuelve el tiempo en un no-tiempo, un lento discurrir de un ser desarraigado tanto mental como físicamente, en un viaje sin fin que es el de la vida y que ya señalan los títulos de las tres partes: *Pasos, pisadas, pasadizos*.

Alternan los momentos conmovedores, como el recuerdo del momento en que tuvo que abandonar a la hija, pero también momentos más graciosos, escenas burlescas como el encuentro con Coto, un loco que les obliga a quedarse «en pelota picada» (p.310) o secuencias desprovistas totalmente de realismo como los diálogos con los animales, y el resultado es, como lo afirma Luis Mateo Díez, «una novela de extraviados en los que los lectores deben extraviarse» (*Lecturas sumergidas*, octubre 2014).

Con esta última novela, como en las anteriores, pero con mayor densidad, nos muestra cómo ha podido ir construyendo un mundo imaginario con sus topónimos, su onomástica, todo un universo que tiene su propia coherencia interna y que se vuelve un espacio mítico. Ese Territorio existe por la palabra y su misma inmaterialidad es la que le da

su valor simbólico. Si en los primeros textos de Luis Mateo Díez aparecían descripciones de espacios interiores o exteriores, éstas ya casi desaparecen en el Territorio en que se desarrollan la casi totalidad de las ficciones publicadas desde el año 2000 y son más bien fragmentos del espacio los que se nos imponen para configurar un universo propio del novelista.

Desvinculado de la realidad, ese Territorio elaborado por Luis Mateo Díez se va construyendo por medio de unas visiones fugaces que le dan su carácter y su sentido profundo. Esa desvinculación de la realidad es lo que caracteriza el Territorio creado por Luis Mateo Díez, una geografía personal que es la representación del espacio interior de los personajes, unos seres unidos por la omnipresencia de la soledad, el desamparo, la búsqueda vana y la derrota. La obra de Luis Mateo Díez se resumiría en ese largo trabajo de indagación en la escritura para dar cuenta lo mejor posible de la condición humana. Esta indagación se traduce también en una mayor complejidad de la escritura, esa «prosa compleja, abstracta, poética y extremadamente simbólica», evocada por Fernando Díaz de Quijano en *El cultural* (22/09/2014).

Estoy segura de que Luis Mateo Díez seguirá proponiéndonos un mundo ficcional en que nos perdamos siempre con tanto gusto para indagar en la conciencia humana y las posibilidades que da la ficción, para proponernos «una gran metáfora de lo que pueden ser las perdiciones y los extravíos» (*Lecturas sumergidas*, octubre 2014).